El Orgullo Ecuestre Entre los Gauchos Riograndenses

Por Oliveira VIANNA, de la Academia Brasileira de Letras. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción del portugués del Lic. Carlos H. Alba.

I

POLITICOS sagaces, acostumbrados a trabajar con los datos concretos de la realidad, los estadistas coloniales siempre supieron explorar, con sorprendente agudeza, las cualidades dominantes del temperamento de nuestros grupos regionales, ya en aquellos tiempos tanto casi como hoy, definidos en sus idiosincrasias y características. De los caudillos paulistas de los siglos II y III, sabemos cómo utilizaron, de la manera más hábil y con el más completo éxito, ese espíritu de "lealtad y firme obediencia" que les había legado aquel núcleo de auténticos hidalgos peninsulares, aquí trasladados en el siglo I. No fueron menos sagaces en utilizar, de los campeadores gauchos, la hipofilia y el orgullo ecuestre, sentimientos exclusivamente propios, entre nosotros, al hombre de las planicies del sur.

El Gobernador de la Capitanía de Río Grande, Don Diego de Souza, por ejemplo, revela en este aspecto un tacto y un sentido de adaptación que hacen de él un hombre de estado, además de un verdadero psicólogo político. Para proveer a las necesidades, cada vez más apremiantes, de la defensa de la Capitanía y teniendo urgencia de dar mayor eficiencia al arma de artillería, siente el obstáculo insuperable que se opone a su objetivo: el profundo sentimiento de repulsión de los campeadores gauchos por el

servicio militar a pie. Obviando la dificultad, sugiere una alteración en los cuerpos de la organización militar y opina por la creación de un "regimiento de caballería artillada", único medio de conciliar las necesidades de la defensa militar y los hábitos ecuestres de aquella población esencialmente pastoril.

Dice él en una carta de 1810: "De toda la tropa misma es indispensable apartar la idea de servir a pie, porque los habitantes, acostumbrados a andar a caballo desde niños y a no mandar ni a los negros recaderos desmontados, tienen gran desprecio a ser alistados en la infantería y artillería a pie; de otro modo, cuando se prestan voluntariamente para sentar plaza en los cuerpos de caballería, al contrario de lo que sucede en aquellos, en estos son muy raras las deserciones".¹

En este párrafo se traslucen, nítidas, todas las líneas de la psicología de los gauchos. Incorporados a los regimientos de caballería, se sienten perfectamente a gusto, no desertan y ahí permanecen con orgullo: "... al contrario de lo que sucede en aquellos, en estos son muy raras las deserciones". El servicio de la caballería militar realmente conviene, a maravilla, a su índole, porque en él encuentran el consorcio ideal entre su orgullo ecuestre y su orgullo marcial, las dos dominantes de su temperamento de campeador y fronterizo.

Los instintos de guerrillero del gaucho sólo se revelan y explotan cuando se halla aferrado sobre la silla, firme en los estribos, frenando al caballo fogoso e inquieto, y, viendo, a lo lejos, en las cimas de las llanuras distantes, el centelleo de los fragmentos de las lanzas enemigas. A pie, sujeto a la marcha corta y medida de los gruesos cuerpos de infantes, en desfile o inmovilizado entre muros tutelares, debajo de las cortinas de acero de las casamatas de las fortalezas, el gaucho se siente contrahecho, dislocado, tímido: le falta el aire, el gran aire de las sabanas; como que se enferma de disnea y se asfixia; y ese guerrillero vivaz, brillante, impetuoso, con el instinto de las batallas en la médula, acaba como cualquier poltrón, desertando vergonzosamente.

II

Al hombre nacido y educado en la amplitud de las planicies, lo que le hace huir de los cuerpos de infantería, no es sólo eso, cuanto la incompatibilidad física originada por el gusto a los movimientos desahogados y

1 *Revista Trimensal*.

del hábito a los grandes espacios y largos horizontes. Huye de estos cuerpos por una irreductible incompatibilidad moral: el andar a pie le parece una actitud despreciable y degradante. Es una humillación, a la que evita someter, como se ve en el testimonio de Don Diego de Souza, a sus mismos negros recaderos.

En su cancionero, ese desdén por el peón se revela en mil estrofas expresivas. Cuando imagina un castigo para el bravucón, para el fanfarrrón, para el valiente arrogante y sin nobleza, no lo supone vencido por otro más valiente y famoso, como sucede en los "sertoes";² sólo lo presenta como un sujeto desmontado:

Nadie abuse de los otros
Por más que se crea tan guapo,
Pues puede verse desnudo,³
A pie y el freno en la mano.

Por el contrario, el "sertanejo",⁴ en quien el pastoreo en las "caatingas"⁵ desenvuelve al hombre y no al jinete, castiga al valiente presuntuoso presentándolo *coram populo*, con la cara amoratada por los sopapos de otro más valiente:

Vuestro Manuel del Riachao⁶
Nunca dió, nunca apañó,
Más tiene la cara rota
De un sopapo que llevó . . .

Los hombres del centro-sur ("matutos",⁷ agricultores), para quienes el caballo es un objeto de lujo y están, por eso, poco acostumbrados a su uso, o los hombres del norte, hombres del "sertao", para quienes no son familiares los modales libres y desenvueltos de la equitación riograndense,

2 N. del T. Lugares muy apartados de la costa y de los terrenos cultivados y situados en el interior del país.

3 N. del T. El término *um "cuera"* usado en el original, equivale a nuestro "encuerado".

4 N. del T. Habitante del "sertao".

5 N. del T. Determinadas regiones en donde crece una vegetación especial y de poca altura, como nuestros "chaparrales".

6 N. del T. Con esta palabra se designa a los ríos más o menos caudalosos. Aquí se toma como apellido.

7 N. del T. Este modismo se aplica a los hombres del interior del país.

se los figura el campeador del sur como seres dignos de conmiseración. Los desdeñan, les dan un apodo infinitamente despreciable: son los “baianos”⁸ de su expresiva jerga.

En las campañas del sur el “baiano” significa, en efecto no solamente el hombre inhábil en la equitación, el mal jinete, sino que es también sinónimo de cobardía y pusilanimidad. El gaucho no comprende que puedan coexistir, en un mismo individuo, la inhabilidad ecuestre y el coraje civil o marcial. Para él, la palabra *peón* es rima natural de poltrón, y todo mal jinete es un cobarde.

“Para un gaucho riograndense, dice un observador, el que un hombre haya nacido a su puerta, en la provincia de Santa Catarina o que venga de la Laponia, es siempre un “baiano”. Y si para él el gaucho castellano es un rival odiado, al menos lo considera su igual, pues siempre es gaucho; al paso que el “baiano” es un ser inferior porque no maneja bolas ni lazo, no se tiene por “centauro” y no tiene como deshonra el andar a pie”.⁹ Y Saint-Hilaire dice: “Dans ces campagnes, ou l'on ne fait cas absolument que du talent de monter a cheval, on sent qu'il ne peut y avoir de plus grandes injurmes que celles qui désignent un mauvais écuyer”.¹⁰

Como el pastor de la Kurdaria, el gaucho tiene en el caballo a su camarada, a su amigo, a su más seguro confidente. En su cancionero florido y exuberante, esa hipofilia fluye como un refrán invariable. En sus cuartetos cantados al son de las guitarras, a la hora del “chimarrão”,¹¹ como que se siente en la vibración palpitante de las rimas el relinchar y galopar de los “baguaes”.¹² Siempre vemos un caballo mezclado, en sus cantares, a una evocación de nostalgia o a un recuerdo de amor.

Caballo bueno y mujer
Es por lo que me he perdido;
Buen caballo siempre tuve
Y mujer siempre he tenido.

8 N. del T. Así se llama a los originarios del Estado de Bahía, Brasil.

9 Conde D'Eu. *Viagem militar ao Rio Grando do Sul*, en *Revista Trimensal*, v. 85, p. 184.

10 Saint-Hilaire. *Voyage au Rio Grande du Sud*, p. 252.

11 N. del T. Con esta palabra se designa el te mate amargo que beben los gauchos del Brasil.

12 N. del T. Modismo gaucho usado para designar a los caballos sementales o “enteros”, pero que puede equivaler a nuestro término “cuaco”.

Tan viva es en el gaucho la pasión por el caballo, que la imagen de éste parece preponderar y casi absorber, en su conciencia, la de la mujer amada. Invocando una y otro, es éste el que primero se presenta a su espíritu y a éste al que primeramente canta; sólo después viene la mujer:

Buen caballo siempre tuve
Y mujer siempre he tenido.

Montado en su alazán, resaltando entre el lujo de sus arreos de plata, sabe que puede volar más rápido que el viento y tanto como el pensamiento, a casa de su amor:

Dígame, moza, su nombre,
Así como su morada;
Yo tengo un caballo gordo
Y un galope no es nada.

¿Dónde vive su amor? ¿Allá, muy lejos, del otro lado de la pampa que se azula, indecisa, en el horizonte de la llanura infinita? ¿Qué importa? Esa distancia no es nada para un gaucho enamorado, dueño de un caballo gordo. Basta que la "china"¹³ de ojos negros, cuyo recuerdo le perfuma el corazón, le mande en alas del viento una promesa de amor. Y el gaucho dirá a su alazán el secreto divino, seguro de que lo llevará más veloz que el torbellino, que el rayo, que el pensamiento, a los brazos de la mujer amada:

Yo tengo un caballo gordo
Y un galope no es nada.

Es tanta la identificación entre el caballo y el hombre que, como lo acredita Azara, en los mismos momentos de la inconsciencia pre-agónica, el gaucho no tiene otra idea obsesionante que la de su caballo:

"Si en sus últimos momentos pierden la razón y dicen algo delirante, no nombra sino a su caballo favorito, no echándolo de menos, sino elogiando sus buenas cualidades".¹⁴

13 N. del T.—Así designan tanto los gauchos del Brasil como los argentinos, a la mujer querida.

14 Félix Azara. "Viajes por la América del Sur", p. 212. (N. del T. Este párrafo está en español en el original).

Como informa Azara, el gaucho hace todo a caballo. Cuando es obligado a desmontar es siempre con disgusto y mala voluntad — “con disgusto y mala gana”. “Ellos repugnan mucho de toda ocupación que no se ejecute a caballo y al galope; casi no saben andar a pie, y cuando lo hacen, aun cuando no sea más que para atravesar la calle, es con disgusto y de mala gana. Cuando se reúnen en la pulpería o en otra parte, permanecen siempre a caballo, aun cuando la conversación dure horas. Cuando van a pescar es siempre a caballo, aun para echar la red al agua; para sacar agua de un pozo atan la sogá a la cincha del caballo y tiran sin echar pie a tierra. En fin, todo lo hacen a caballo”.¹⁵

III

Esa identificación entre el caballo y el hombre proviene del propio ambiente natural en que se mueve el campeador del sur. Solamente en la planicie ilimitada el caballo puede revelar su valor y su utilidad. Sin él, sería imposible el pastoreo en las sabanas porque no sería posible al campeador mantener, en la campiña ilimitada, la unidad y la cohesión de su rebaño. Es el caballo el que forma en la llanura inmensurable el círculo vibrante, móvil, elástico, dentro del cual se encierra, como dentro de las cercas de un “rodeo”, al ganado espantado y revuelto.

En los campos del centro-sur, en donde el ganado vive en los pastos limitados y cercados, la utilidad del caballo no se puede volver tan sensible así, tan materialmente sensible al rústico. El cuidado de los rebaños, por la gran densidad de su concentración, y por su domesticidad, se vuelve empresa fácil. En los campos del extremo sur, donde es grande la dispersión de los rebaños, no puede ocurrir lo mismo; solamente el “buen caballo” de la canción popular, esto es, resistente, ágil, fogoso, veloz, dará al campeador las garantías seguras de un servicio eficaz.

Los “sertanejos” del norte, que, además, son pastores como el gaucho, no realizan, en cambio, en virtud de las condiciones del propio *habitat* en que radican, esa comunión tan perfecta entre el caballo y el hombre. En el cancionero de los “sertoes”, vemos a los valientes vaqueros, divinizados por Euclýdes de Cunha, cantar de preferencia al buey; el caballo es para ellos una entidad secundaria en su folklore regional.

15 Félix Azara. *Obra citada*, p. 283. (N. del T. Este párrafo se encuentra en español en el original).

El gaucho, no. Canta ante todo al caballo, y, concomitantemente, al medio natural en que vive y trabaja: el pago, la querencia, la sabana. Caballo y campiña, caballo y querencia, son ideas correlativas, inseparables de la mente del guasca".¹⁶

Gusto de la vida en el campo
Y de esa eterna gauchada;
En la ciudad moriría
Comiendo carne cansada.

Para él, sólo la ilimitada planicie es bella; los lugares poblados de árboles le causan impresión desagradable. "Si a uno de ellos le elogiáis la belleza de algunos árboles que interrumpen la monotonía de su campiña y le decís que es "bonito mato"¹⁷ o "bonito capao" (término riograndense que significa bosque), os responde: "Esto es muy feo; más adelante es más bonito: allá no hay bosque alguno; todo es bonito: todo grama, todo llano".¹⁸

La costumbre de "carnear",¹⁹ es una prueba de que el gaucho vive, desde la mañana hasta la noche, en la campiña y sobre el dorso de su caballo, y sólo se recoge en la casa para dormir, cuando no lo hace en pleno campo, envuelto en su vasto poncho. En su amor por la vida nómada de pastor, creó una institución que no encontramos aquí, en ningún otro medio regional: el "churrasco",²⁰ alimentación improvisada con un plato único, preparado rápidamente en plena campiña, en esos raros intervalos en que los campeadores, desmontando, descansan.

El propio enjaezar del caballo, de su pingo²¹ "pelichado"²² y fogoso, cuidadosamente esquilado, es para él una obra de arte. En el arreglar de sus "aperos", en los indefectibles adornos de plata, rosas, estrellas, corazones, de sus gamarras, de sus testeras, de sus brazaletes, de sus cabestros, de sus pretales, de sus mechones, de sus estribos angostos,²³ labrados a

16 N. del T. Este modismo es sinónimo de gaucho y significa "correa de cuero crudo".

17 N. del T. La palabra *mato* quiere decir matorral y también bosque.

18 Conde D'Eu. Obra citada, p. 238.

19 N. del T. Este término, usado también entre los gauchos argentinos, significa lazar y matar la res para aprovechar la carne.

20 N. del T. Pedazo de carne asada.

21 N. del T. Caballo. Este término es también muy usado por los gauchos argentinos.

22 N. del T. Tuzado, de crines recortadas artísticamente.

capricho; en la complicada abundancia de las piezas de sus "arreos", de sus jergones, de sus caronas, de sus *serigotes*,²⁴ de sus *pelegos*,²⁵ de sus *cochomilos*,²⁶ de sus badanas, de sus cinchas y sobrecinchas; en toda la composición y disposición de sus numerosos arneses, pone el orgullo y las exquisiteces de un artista.

Cubriendo de lujosos jaeces su caballo, el gaucho, por espíritu de armonía y concordia, como que también se magnifica. Por la suntuosidad de su trabajo característico, con su negro sombrero de fieltro, su amplio "ponche-pala,"²⁷ tejido de fina seda, sus botas de cuero barnizado, donde resuenan vistosas las enormes "chilenas"²⁸ de plata, su lujosa *guaica*²⁹ de pelo de nutria abotonada con hebillas de oro, su fueite cincelado de oro y plata y su agudo puñal de mango floreado, desempeña bien el tipo de "monarca de las pampas", apareciendo, ufano, ante los ojos ingenuos de las gentes campesinas.

Para su caballo, para el "pingo" vibrátil y fino en que viaja, tiene sutiles delicadezas, que bien demuestran las exquisiteces de sensibilidad que se contienen en la hipofilia del gaucho. Ese largo poncho de lana, tan elemental en su hechura, con el que resiste los inviernos de junio o atraviesa, incólume, las frialdades congelantes del "minuano"³⁰ en la planicie, no lo cubre solamente a él: el gaucho generoso para con su inseparable compañero, lo hace lo bastante amplio, y bajo sus faldas protectoras se envuelven él y su caballo.

En ese pequeño acto de cariño y celo, deja el gaucho entrever, más que las ardientes loas de su cancionero, su gratitud por el caballo, la profunda hipofilia que se mezcla a su noble orgullo de campeador y jinete.

23 N. del T. Se dice en el original: "de meia picaria", y picaria es el travesaño de madera que se encuentra colocado en el estribo de la silla y que sirve para asentar el pie. Aquí el autor quiere decir, estribo de medio travesaño, es decir, angosto, en relación con los de travesaño largo o estribo ancho.

24 N. del T. La cabeza de la silla de montar.

25 N. del T. Zalea de carnero común y corriente.

26 N. del T. Zalea de carnero fino, como el merino y otros más. Ambas se colocan sobre la silla de montar para hacerla menos dura.

27 N. del T. Es una prenda que tiene la misma forma y corte que la "manga" de hule usada por nuestros charros y rancheros, sólo que fabricado con otro material, ya seda, ya lana.

28 N. del T. Espuelas.

29 N. del T. Ancha faja usada por los gauchos con varias divisiones que sirven para guardar dinero y otros objetos.

30 Viento helado del sur.